

La antropología en la encrucijada de lo poshumano

Anthropology at the Crossroads of post-humanity

José Antonio González Alcantud

Director-Editor

Asistimos a un momento de profundo dramatismo de la Humanidad. Habiendo alcanzado los mayores logros técnicos y materiales, sin embargo, nos enfrentamos como conjunto viviente a unos desafíos difíciles de solventar. María Zambrano, la filósofa y escritora andaluza, durante su exilio en Suiza durante la II Guerra Mundial, en su texto *La agonía de Europa*, se hacía la pregunta de por qué el hombre había conseguido dominar notablemente el mundo material, mientras que continuaban los problemas políticos y culturales, tozudamente irrefrenables. A esta luminosa reflexión hemos hecho alusión en diferentes momentos, puesto que sintetiza la impotencia de la Humanidad como conjunto para resolver racionalmente sus problemas sin recurrir a conflictos suicidas.

Entre otros problemas que han adquirido especial relevancia, en tiempos recientes, encontramos, amén de la guerra y la violencia, que ya analizamos en años precedentes en otros editoriales, ahora la relación social con el mundo animal, el vínculo recurrente de los humanos con la religión, y la aparición de la inteligencia artificial. Nuevos desafíos que ponen en cuestión el concepto mismo de Humanidad.

La fascinación que presenta lo animal, hacia el cual dirigimos nuestra atención con frecuencia redundante, dictando leyes protectoras, basadas en derechos emulados de los humanos, desde la revolución francesa, y sobre el cual proyectamos con reiteración una antropomorfización simplificadora, es un hecho evidente. Frédéric Saumade, antropólogo francés, reflexiona, en un reciente libro —*De Walt Disney à la tauromachie. Élégie pour une mythologie animalière* (2022)—, sobre esta deriva «humanitaria» en las mentalidades que lleva a suprimir, por ejemplo, un antiguo rito de sacrificio como la corrida de toros. El asunto está muy problematizado, ciertamente, y afecta de lleno al concepto y función misma de rito, esgrimida por los antropólogos. A ello, hay que añadir que la relación del hombre con los animales se

ha incrementado a raíz de la pandemia COVID-19, con un crecimiento exponencial de las mascotas domésticas, sobre las que dirigimos parte de nuestros afectos. La protección se ha extendido igualmente hacia animales considerados peligrosos para el hombre; el caso más llamativo es el lobo y el oso, que ha vuelto a tener presencia en las montañas europeas, provocando frecuentes controversias entre las poblaciones autóctonas, que lo ven como un peligro, y los conservacionistas, que defienden su vida en libertad. La caza es frecuentemente motivo de litigio, al igual que los toros. Y por supuesto, las macrogranjas de ganado estabulado provocan escándalo. Todo esto es un mundo que recuerda la existencia de una modalidad de radicalidad en los años setenta, convertidos los animalistas más extremos en defensores a ultranza de los derechos animales e incluso de la supresión de la alimentación carnívora.

En contraste con esta humanización del mundo animal la cercanía con él, sea cual sea la causa, ha ocasionado una crisis como la referida del COVID-19, y otras anteriores tales como la gripe aviar, porcina, etc., modalidades de virus transmitidos entre aquel mundo y el humano. Esto fue narrado por Frédéric Keck en un *Monde grippé. Les enjeux anthropologiques de l'histoire des épidémies* (2014), ensayo antropológico basado en la observación de esa relación en los laboratorios que operan con animales. Quizás no exista una ecuación entre la defensa animalística y el aumento de las plagas, cierto. Sólo constatamos el fenómeno paralelo. Lo animal nos interpela.

Frente esta humanización de lo animal, paradójicamente, se ha producido un aumento de la crueldad intra-humana. No nos atreveríamos a afirmar que sea mayor que la habida en otras épocas, pero desde luego aquí y ahora sería impropia de un proceso de postmodernidad política y social. El aumento de la violencia doméstica, de género, del crimen organizado, de las guerras genocidas —Ucrania, Palestina, Yemen, entre las principales—, hacen abrigar a la Humanidad poco optimismo sobre su futuro. En la conciencia universal vuelve a estar agendada la posibilidad de una destrucción mutuamente asegurada, es decir una guerra nuclear apocalíptica, incluso por error.

En este punto, en filosofía, en particular, ha habido tradicionalmente una polémica sobre la esencia de la naturaleza humana, al menos desde el Siglo de las Luces, cuando se produjo la caída del teísmo, que fácilmente durante siglos dejó en manos del Dios monoteísta el destino del mundo. Los cultos llamados animistas, o paganos, según mostró en el ensayo *Génie du paganisme* el antropólogo Marc Augé, recientemente fallecido, puso encima de la mesa, quizás sin mucho éxito, la virtud humanizadora de las creencias que poseían los cultos no monoteístas, centrados en otros aspectos, quizás más pragmáticos de la vida cotidiana, y mucho menos militantes de la creencia y su exclusividad. Como una suerte de testamento en el año 2018 Marc Augé publicó un relato corto titulado *La sacrée semaine qui changea la face du monde*.

La trama del relato comienza en la plaza de san Pedro, en Roma, un buen día de primavera. El Papa Francisco sale al balcón a saludar a una multitud expectante,

sonríe y pronuncia con voz alta y clara: *Dio non esiste* (Dios no existe). Lo repite una segunda vez, y se retira con una sonrisa beatífica. La masa, y los medios que transmiten el acto para toda la noosfera mediática, se queda confusa. Su opinión, ya que, amén de en el catolicismo, el Papa tiene una cierta autoridad moral sobre las otras religiones, constituye un escándalo. ¿Es posible que el Papa haya sufrido un síncope de enajenación mental? No es posible, porque es infalible, según la doctrina. Las preguntas se agolpan en la opinión pública mundial. Rabinos, curas, imanes lanzan sus anatemas.

¿Qué le ha pasado, pues, al Papa? El protagonista recibe la visita de un amigo científico, materialista sin cura, que curiosamente se llama Teófilo (literalmente «amado de Dios»), pero que prefiere que le llamen «Teófobo» («enemigo de Dios»), o sencillamente Teo. Le cuenta que pertenece al movimiento «por el humor libre», que tiene en marcha una operación llamada «Panoramix», en recuerdo de aquel druida de la popular serie de cómic *Astérix y Obélix* que hacía la poción mágica. Resulta, le confiesa, que hacía poco habían descubierto el lóbulo cerebral donde quedaban albergados los temas religiosos, y a la par una suerte de brebaje que una vez ingerido o haber estado en contacto con él eliminaba todo rastro de religiosidad, convirtiendo a las personas en súper racionalistas. El papa había aceptado beberlo o había entrado en contacto con él. También lo habían hecho los Obama. ¡A Barak le había dado un ataque de risa cuando iba a pronunciar *God bless America!* (Dios bendiga a América). Su mujer, Michelle, había acudido a una reunión a Arabia Saudí sin velo, y con cara de purísima inocencia. Dados los resultados habían rociado con esa «agua bendita» desde aviones a poblaciones enteras. Cuando toda la gente fue racionalista entonces la ONU puso en marcha un plan para dar trabajo a los curas, rabinos e imanes ociosos, con el fin de erradicar el hambre y el analfabetismo de la faz de la tierra. Si bien los problemas del orbe no terminaron de un día para otro comenzaron a evaporarse, ya sin atentados terroristas ni guerras de religión.

La relación con las máquinas pensantes, con los androides ha dado, de otra parte, un giro a la relación hombre-dios, con la irrupción de los humanoides. En ese espacio ha aparecido lo poshumano, en particular en el terreno de la filosofía. Se ha pasado del antihumanismo, como un obstáculo trazado por el marxismo de Louis Althusser (*Polémica sobre marxismo y humanismo*), en el camino del progreso, en los años setenta, a lo poshumano, que nos induce a pensar en los autómatas como precedentes del siglo XVIII. La antropóloga Caterina Pasqualino nos indujo a pensarlos como una extensión de las marionetas, y la problemática que llevaba asociada, en el libro *Macchine vive. Dalle marionette agli umanoidi*. Pero, gracias a la inteligencia artificial moderada hemos logrado subir un peldaño en el debate.

En este fin de siglo —tengamos presente que el aniversario es una invención de las sociedades modernas, para controlar el tiempo de nuestra existencia cotidiana, según relata Jean-Claude Schmitt en *L'invention de l'anniversaire*—, dado el cambio de atmósfera geopolítica y vital, en su relación con la crisis de humanidad, es el auténtico

y verdadero *fin-de-siècle*, que nos permite asistir al fin de la Humanidad tal como era pensada con axialidad antropocéntrica hasta ahora. La antropología, tal como fue concebida en la filosofía de la Ilustración, como una pulsión del yo a la búsqueda curiosa de la alteridad, adquiere en este medio una importancia realmente insólita.

Sin embargo, los poderes que rigen el mundo a fuerza de prescindir de los consejeros áulicos siguen sin darle toda su significación a la antropología como disciplina crítica y reflexiva, necesaria absoluta para la correcta toma de decisiones. En la crisis de lo humano la antropología se hace imprescindible para dilucidar el estatuto que nos concierne en la sociedad futura, y poder prospectar nuevos caminos de relación con los animales, con los humanoides y en definitiva con nosotros mismos, los humanos, en un mundo que la filosofía nietzscheana ya había anunciado muy atrás como el de la muerte de Dios, concepción a la que ahora hay que añadir la muerte del hombre en sí. De lo contrario, si la antropología no se incorpora al debate de los poshumano, la antropología como disciplina habría fracasado y todos, la Humanidad, con ella.